

—¡No puedo? ¡Sí que puedo!

Y mordía deliciosamente la pella amarilla.

Pablo se lo quitó. Les parecía jugar con la frescura de todo el árbol.

—¡Tampoco usted puede!

La fruta juntaba sus manos y sus respiraciones. Recibían y transpiraban el mismo aroma, pulverizado en el aire húmedo y ácido de su risa. Y entre los dos rasgaron los gajos sucosos, María Fulgencia los exprimió encima de la mancha y de los dedos de Pablo (Pág. 920).

Tampoco se queda aquí Miró, contentándose con el simbolismo carnal y erótico de la fruta, sino que amplía y ensancha incansablemente la comparación frutal. En *Años y leguas* son los ojos de un burrillo los que se describen así:

gordos, dorados y dulces como dos frutos (Pág. 947).

Otra vez son los olores los que pueden caer

como un fruto caliente (*Figuras de la Pasión*, Pág. 1154).

Y en *Estampas rurales*, la comparación aún es más audaz:

El cielo acaba de rasgarse tiernamente como la piel de una fruta; y le sale un zumo de color de rosa (Pág. 656).

En la ampliación metafórica de lo frutal, Miró llega a esta apretada imagen de *Años y leguas*:

La media naranja del día (Pág. 956).

que casi recuerda «y el aire (era) una manzana oscura», de García Lorca.

También las palabras, el lenguaje, los nombres pueden tener calidad frutal. Y en *Años y leguas* se lee:

Aitana en Aitana; y pronunciándolo se les deshace a Sigüenza en la boca y en la sangre la fruta que creyó haber comido; y lo que hizo entonces fué plantar el árbol de su sabor de ahora (Pág. 1049).

